

Querida familia, compañeros, amigos, miembros de la junta directiva y demás socios de la Agrupación San Sebastián de los Ballesteros en Cataluña, resto de autoridades que nos acompañan, a todas las personas presentes, buenas tardes casi noches. Gracias por estar aquí acompañándome en el acto que dará comienzo a la celebración de este evento lúdico que se lleva haciendo en esta Agrupación: la Romería de San Isidro.

Cuando **Javi, alcalde de San Sebastián de los Ballesteros**, me llamó para decirme que habíais barajado mi nombre me sentí tremendamente honrado de que hubieseis pensado en mí para dar esta ponencia. Ponencia es una palabra muy solemne. Trataré de hacerla menos ponencia y hacerla más charla entre amigos. El tema es sencillo, si habéis curioseado un poco ya sabréis que se titula *De cultura y viajes*; casi que la podría haber titulado *De cultura y viajes... en el tiempo*, en unos minutos sabréis por qué. Es un gusto estar aquí, en Sabadell en general y esta Masía en particular, me siento bastante ilusionado de estar con todos vosotros compartiendo este evento que con tanto cariño hacéis cada año, y ya van 40 largos.

Algunos me conoceréis. Otros no. Me presento: me llamo Ángel, Ángel Ríder Toledano, y más que como concejal de Turismo y Deporte de SSBROS prefiero pensar que vengo como un paisano más del pueblo, a narraros un poco de lo que sabe. Yo soy ingeniero de profesión, es con lo que traigo dinero a casa, pero también soy profesor titulado, y por encima de ello, alguien que gusta de escribir y leer, y hablar, finalmente de comunicar.

Nací en SSBROS, como algunos de vosotros, e igual que algunos de vosotr@s también tuve que salir del pueblo para buscarme la vida. En mi caso, infinitamente más sencillo, salí a Sevilla, a estudiar, y posteriormente a trabajar. Es la ciudad donde vivo, trabajo, y disfruto. Pero ¡ay amigo!, las excursiones cotidianas que hago a mi querido pueblo, a llenarme de luz y energía, a recordar a mi infancia, mis sonrisas y mi familia.

Allí tengo la casa de mis padres, la que fue mi casa, un recuerdo imborrable. Los que visitáis el sur en verano también sabréis lo que se siente al pisar estos suelos. Y los que no tenéis casa allí aún, lo que no tenéis es excusa. No es que tengáis que comprar una, menuda burbuja inmobiliaria de nuevo, es que desde hace poquito tiempo ya tenemos operativa La Casa de la Rosa para poder alojaros. Reformada, acogedora, esperando que vengáis y la pobléis con frecuencia.

Cuando estoy fuera y me preguntan de dónde soy y hablo del pueblo, la primera réplica siempre es *Anda, qué pequeñito, ¿no?* Esa respuesta es muy matizable. Porque puede ser que por extensión sobre un mapa alguien se equivoque y piense que el pueblo es pequeño, casi 12km² solamente, aunque no es para nada así, cada vez tenemos más cosas. Actividades cada tarde para los niños, para los mayores, campo de fútbol y pabellón polideportivo, con gimnasio recién inaugurado y cantidad de actividades deportivas, centro de ocio para los mayores, campo de petanca y mesas de billar, varios supermercados, más bares, La Tahona, la Carcelera, el pedazo de estupendo Molino del Rey que nos ha quedado. ¡Hasta una piscina tenemos, intentando hacerla operativa de nuevo! ¿Eso es un pueblo pequeño? Para mí es un gran microcosmos, que lo tiene prácticamente todo.

Y aquí hablaba de lo material, lo físico. Si nos ceñimos a las gentes, es que todavía somos más grandes. A la bondad y la proximidad de los eballenses se añaden últimamente gente que va con el pueblo por bandera más allá de nuestra extensión. Bueno, no últimamente, ya hace muchos años que hubo gente que empezamos a salir fuera a hablar de nuestro pueblo, hasta en Chicago tenemos un paisano, pero hablo más de los nuevos talentos que tenemos. Ya estamos casi acostumbrados a ver por la tele tanto a Alfonso Pedraza, jugador del Villareal como a Cristina Pedrosa, cantaora. Podría mencionar a más ciudadanos, pero no se trata de eso y creo que ya ha quedado claro el concepto.

Y fruto de lo que nos gusta a estos catalanes andaluces y a algunos andaluces medio catalanes estar unidos es **el hermanamiento** que formalizamos por fin, tras años de propuestas sin resultado, el pasado septiembre, donde tuvimos el gusto de teneros por el pueblo, pasear por los alrededores y hacer actividades conjuntas. Con este hermanamiento el pueblo crece mucho, muchísimo, tanto que llega hasta Sabadell, en un bonito camino de baldosas amarillas que haría Dorothy, encontrándonos a nosotros mismos. Por lo que San Sebastián no es pequeño, mide nada más y nada menos que 900 km, la distancia perfecta de dos de nuestros hogares.

Tras este breve preámbulo, paso a contaros algo más de mí, a través de mis experiencias viajeras y culturales de los últimos años. Espero estar a la altura.

DE CULTURA Y VIAJES

Dejé a mi madre llorando.

A los 17 me fui de casa, la puerta cerrándose tras de mí y dejé a mi madre llorando y sin poder verme.

Tal cual, como un vulgar mal hijo. Pero tiene una explicación. Yo tenía 17 años, y me iba un mes a Inglaterra en verano, a aprender inglés con una beca del ministerio. 25 años más tarde aún recuerdo de forma fidedigna como aquella **puerta en el aeropuerto** de Madrid se cerraba, poco a poco. Imagino que era poco a poco, no medí la velocidad, yo solo miraba a mi madre llorando al otro lado, haciéndose cada vez más pequeña, pero con sus ojos cada vez más parecidos a las Cataratas del Niágara. Se iba a separar de su primogénito por primera vez en su vida, y separarte de tus seres queridos por un tiempo largo, no es fácil. Vosotros sabéis que no es fácil.

Para mí tampoco era sencillo. Era cómodo y agradable vivir en el nido, con cobijo, protección y alimento, y me iba a vete a tú saber dónde. Sí, a Chester, pero no tenía mucha más idea de que estaba en Inglaterra y cómo se llamaba mi familia de acogida, los **Redshaw**. Que podrían ser tanto unas magníficas personas cercanas como unos dejados de renombre u otra estirpe más de rancio abolengo. Aun así, como buen adolescente, yo quería desafiar lo establecido, descubrir por mi cuenta, sentirme fuera de mi lugar y experimentar nuevas cosas. Lo que ahora se llama salir de la zona de confort.

Dejadme retroceder 6 años atrás. Viajamos en el tiempo. Comenzaba mi primera clase de inglés, con 11 años. Qué aventajados los niños de ahora, con idiomas desde pequeños. Con el mundo y posibilidades culturales que abren cualquier idioma. Cualquiera. Todos los idiomas son igual de buenos.

Ahí estaba yo, con mi libro de inglés delante de mí, con sus **iconos del Big Ben** en la portada, desafiándome a abrirlo. Y llegó doña Antonia y nos dijo que lo abriésemos. Y ya creo que lo hicimos. Al hacerlo, para unos fue un gesto más de su experiencia vital, incontable, olvidable, nada destacable. ¿Qué libro ni qué libro estás diciendo? dirán mis quintos. Yo hojeé las primeras 5 o 6 páginas, con la familia Malone entrando en mi vida, siendo ya parte de mi familia también; hablándome **Cristina**, una estudiante que aparecía en el libro, que se iba a vivir con una familia inglesa (yo más tarde hasta empecé a llamarla Cris, por la confianza que da lo cotidiano) y que fantaseaba con los sitios que quería visitar. Cristina/Cris me contaba en el libro que iba a todos esos sitios, hablaba de lo que allí habría y mostraba bocetos del lugar. Trafalgar Square, Picadilly Circus, el afamado Big Ben de la portada. El autobús rojo de dos plantas. Hyde Park y sus Speaker's corner, una esquina donde cada domingo los más atrevidos del lugar se suben a un pedestal y cuentan su propia historia, u otra película a la audiencia que quiera escucharlo. Los charlatanes de la vida moderna. ¡Oh!, cómo quería yo ir a esos sitios también, con Cristina, solo, ¡con quién sea!, pero quería conocerlos a toda costa.

Me imaginaba viviendo en Londres, usando libras, peleándome con el idioma, cogiendo el metro, hablando a través de las cabinas telefónicas, rojas también, con mi familia, paseando por la distinta arquitectura y disfrutando de días grises. Disfrutar de días grises, qué tontería, ahora.

Yo creo que aprendí inglés de manera rápida siendo muy tenaz por la ilusión de ir a Londres y revivir lo que mi amiga Cris, la del libro, me había enseñado. Me sentaba al lado de la radio muchas tardes grabando en las cintas de casete lo que sonaba en la radio, reproduciéndolo una y otra vez, tratando de adivinar la letra de la canción. **Reproduje el disco de los Cranberries en el 94** una innumerable cantidad de veces, tantas hasta que mi madre ya las cantaba conmigo. Repetía canciones en bucle una y otra vez, tratando de entender en la melodía qué es lo que nos querían transmitir, sintiendo el desgarramiento de los y las cantantes en ciertas partes de la canción. A la que sentía también con frecuencia era a mi hermana Isa en la habitación adyacente: “Ooooooooootra vezzzzzzzzz. ¿Quieres quitar ya esa canción o qué te pasa? ¡Que estás atontao! “.

La música ha marcado mi vida. Hay una frase recurrente que dice que *No se puede vivir sin música*. Me siento totalmente identificado. Creo que la música nos eleva, nos lleva a lugares que nos hicieron felices, nos hace acordarnos de situaciones donde sonreímos o pasamos un gran momento. Digo *la* música, en general, como concepto, cada uno con su tipo de música favorito. Lo importante es sentir, vibrar, balancear el cuerpo y notar que seguimos vivos. Evadirte hacia donde quieras ir. Es una situación gozosa. A mí la música me lleva a lugares donde he estado, a personas a las que he abrazado. Me lleva al futuro, a lugares escondidos que me gustaría descubrir. También me lleva a sitios donde lloré. Y casi lloro de nuevo al escucharlo. Y lo malo no es eso, lo malo es que hasta me gusta, ojo. El placer de recordar lo doloroso. ¿Quién no lo siente con frecuencia? ¿Qué busco con ello? Posiblemente darme cuenta de que es necesario bajarnos los humos de vez en cuando, resetear y volver a apreciar lo afortunados que somos de disfrutar de este momento presente. La música es maravillosa. Después de esta cena habrá que seguir marcándose unos pasos de baile para poner el broche a este día, ¿no?

Volvamos a 1996 y cuando fui a Inglaterra y dejaba a mi madre atrás llorando. Allí me veo, solo, sin mis padres como red de seguridad. Es bueno a veces salir a la calle a pecho descubierto, a contrastar que lo que acontece en las calles no es tan malo como nos dicen los periodistas. Íbamos una buena turba de españoles llenos de hormonas que quedaban cada tarde tras las “clases” a tomar un helado o una bebida. En un par de días me di cuenta de que eso me aburría, y que necesitaba aprovechar un poco más la experiencia inglesa. Así que opté por dejar lo impuesto y decidí pasar las tardes con mi familia inglesa. Y vaya si la aproveché. Mi hermano inglés era Christopher. No era Cristina, pero empezaba del mismo modo. Cris. Me gustaba la coincidencia. El mundo está lleno de coincidencias maravillosas. **Chris, mi hermano guiri**, me llevaba en bicicleta a sus lugares cotidianos: al parque donde jugó de niño, al colegio donde estudió, a las casas donde vivían sus amigos más cercanos, al cine donde veía películas (no entendí casi nada de lo que vi), a la plaza donde jugaba la chica que le gustaba, que se llamaba Anna. La chica que me gustaba en ese entonces se llamaba Ana. Otra coincidencia maravillosa. Me llevaba a salas de cultura a ver “exposiciones”. Yo no había ido a una exposición en mi vida. Ahora me suena hasta raro, pero así era. Otra coincidencia maravillosa, por cierto, es que una de mis hermanas decidiera venirse a hacer **su vida a Sabadell** y compartirla con un nacido en Sabadell. De padres eballenses. **Sus suegros son estupendos**. Yo casi los considero míos también de lo cercanos que son. Maravilloso cerrar el círculo.

Vuelvo a comparar épocas; ahora se tiene cómodo acceso, y no hablo desde el acceso de un móvil. Hablo del acceso a la cultura. Nos rodean los cines, teatros, exposiciones, bailes, charlas y otros muchos planes culturales. Hay asociaciones que promueven una cantidad inenarrable de planes. Alguno no os gustará, seguro. Pero lo que es más seguro que otros sí os gustarán. Uníos. Salid de la zona de confort, recordad que lo mencionamos antes. Siempre saldréis de esa experiencia un poco más completos que entrasteis. Solo hay que levantarse del sofá y enfrentarse a una nueva situación. No vamos a la guerra. Malditos líderes que llevan a los ciudadanos a la guerra, a otros, mientras ellos se quedan en el sofá viendo la televisión. Nosotros no nos quedaremos en ese sofá, iremos con nuestros amigos y familia a una experiencia cultural, al aprendizaje, a que me cuenten, a que me enseñen; a la aventura del conocimiento. Querer es poder. Quered, por favor, quered.

Ahora hacemos otro salto en el tiempo, esta vez hacia adelante. Estamos en diciembre de 2007. En otro momento en el que cambia mi vida y que recordaré siempre. Cuando empecé a trabajar como **formador / educador en la empresa en la que sigo**. Buscaban un perfil ingeniero, pero al que le gustase impartir formación. Como dar clases, pero para adultos. Allí presenté mi candidatura en forma de *curriculum*, e imagino por la consecuencia que le gusté al que fue mi jefe durante 8 años. Me dijo que le gustó que fuese *echao pa'lante*, con las ideas claras y sobre todo que se me veía con ganas de conocer y viajar. El puesto estaba hecho para mí desde el momento de partida. Cuando se lo conté a mis padres, Eduardín, mi padre, seguro que muchos lo conocéis, me felicitó con una sonrisa. Mi madre, Isabel, me felicitó también, pero apostilló: ¿pero tienes que viajar fuera de España mucho? Esta mujer no iba a estar tranquila, ya lo intuía, pero lo corroboré desde ese momento.

He mencionado a mi madre ya en contadas ocasiones, pero apenas acaba de aparecer mi padre en este relato. Mi **padre** es un referente clarísimo en mi vida, y siempre me viene a la cabeza una frase principal al pensar en mi padre, en los padres; no fue una frase que él me dijese, no, era una frase que leí en un artículo sobre el devenir del tiempo y que resume claramente mi adolescencia y las de prácticamente cualquier niño de esas edades, bueno, no los conozco a todos, pero muchos sí lo éramos, yo sin duda lo era; dice algo más o menos así: “..recuerdo cómo a los 15 años odiaba a mi padre por no entenderme y cómo él me odiaba a mí y no me dejaba hacer casi nada. Pensaba ¡cómo podía yo ser el hijo de esta persona, si no tenemos nada que ver! Pero unos 10 años más tarde, a los 25 más o menos, oye, un día me di cuenta de lo mucho que había cambiado mi padre! Y ahora, cuando me miro, cada vez me veo más en él. Y me encanta”

Esta pseudo sentencia, más que un lema o un dogma que recordar, es un claro arco del personaje que yo fui. Ya sabéis, normalmente en una película corriente, o al menos una medianamente buena, hay un (o una) protagonista principal que tiene una vida cómoda, repetitiva. Estable. Pero en la película ocurre algo, una muerte, un enamoramiento, una aventura, un cambio de trabajo, un nacimiento, lo que sea, algo importante, que le hace cambiar, lo saca de quien es y lo transforma en otra persona, más segura, más atrevida, más feliz. Al final de la peli siempre es más feliz que empezó. **Su personalidad ha cambiado en un arco asombroso que solo pasa en las películas**. ¿Estamos seguros de que solo puede pasar en las películas? Particularmente opino que no, que podemos empezar a dibujar ese arco en cuanto queramos. Solo tenemos que querer. La mayoría de las veces, nadie nos lo impide, afortunadamente. Bueno, casi nadie. Normalmente somos nosotros mismos quienes nos sabotamos.

Supongo que de adolescente pensaba que era un ser supremo, distinto y sobrenatural. En realidad, hay gente que se queda en esa etapa y ya no crecen. La **tele está llena de ellos**. Que piensan que esto de madurar, de evolucionar no va con ellos, que hasta se aferran al cancionero popular: chico, es que *el patio de mi casa es particular*. Y se quedan ahí, sin más ganas de saber. Sí, claro, tú eres especial, te has salido del molde. Quizás tendremos que recordarles que son comunes y corrientes, que son, que somos uno más del rebaño y que se trataría mejor de crear comunidad. No lo digo yo, la misma canción lo aclara. Chico, tu patio, *cuando llueve se moja como todos los demás*.

Yo, gracias a lo experimentado en mis viajes, tengo un arco de personaje perfectamente definido, y cualquiera que me haya tratado un poco lo conoce al dedillo. Como algunos de vosotros me conocéis menos os contaré ciertos detalles y momentos esenciales que vapulearon los ideales que tenía claramente mal ubicados y establecieron poco a poco y de forma cristalina la escala de valores de quien soy ahora. Una bofetada de realidad que te planta de lleno en lo que es, o al menos debería ser, la verdadera vida que queremos vivir. Recuerdo:

(FOTOS)

- India, sentarme ante la voluptuosidad del **Taj Mahal**, mármol y piedras preciosas de Ceilán y de China, mientras dos minutos antes, fuera, un montón de mendigos me estaban pidiendo dinero para comer en particular y para poder vivir en general.
- Las ganas que tenían las personas por las calles de que **les echaras fotos** con tu cámara, y que te las echaras con ellos, y que se las enseñases por encima de todo. Les gustaba verse, reconocerse.
- En el **hotel de Nueva Delhi** donde me quedaba, un hotel de 4 estrellas en una 8ª planta, con la cama hecha y fruta fresca cada día, y un ventanal de 2x3 metros. Ventanal desde que veía las “chabolas” de enfrente, pasado el río. Entre ellas me cautivaba una familia, con varios niños pequeños, entre 2 y 8 años. Uno de esos niños, de unos 4 años, pedía en el semáforo más cercano a la rotonda del hotel. Yo iba en taxi cada mañana, con aire acondicionado y música. Y gastos pagados. El niño que pedía tenía 4 años. Mi hijo tiene 4 años.
- Entrar con mi recién estrenado amigo Ragahv a un **templo sij** en la India, respetar sus costumbres locales con las flores y las meditaciones.
- Creer que impartiría mi curso en Lima y acabar a 200 km de allí, por una carretera terrible, en **La Oroya**, desconocido, pero considerado como el pueblo más contaminado del mundo de 2007 (yo llegué en 2011). Estar dos semanas aislado en una central hidroeléctrica, sin tele en la habitación, sin internet. Sin más ocio tras el trabajo que ir a cenar con los compañeros del curso a las 20 de la tarde y poder ver la telenovela que proyectaban en el único canal que recogía la señal de televisión. Me dio hasta pena volverme a las dos semanas y no saber el final de la misma.
- Al volver de La Oroya, pasar el último fin de semana en Lima con Pablo y hacer una **marcha teatral** (luego hablo de esto).
- Tras visitar en Brasil al Cristo del **Corcovado**, aprender en Copacabana sobre lo superficial de la carne.
- Subir a “pata” a la **Acrópolis** de Atenas, sentarme en las rocas de los alrededores e imaginar el escenario de esas charlas filosóficas hace dos milenios.

- La interculturalidad de **Vietnam**, donde se respetan entre ellos y hasta sienten vergüenza de exponerse a los europeos. Las señoras que me decían que no se querían echar una foto conmigo porque ellas eran muy feas. ¡Ellas!
- A mi **hermano**, cuando un día recogiendo aceituna, decidió, sin yo pedirle nada, enseñarme a conducir un tractor. Porque algunos viajes en la vida también hay que hacerlos lentos, visitando lo rural de manera pausada, andamiando tus orígenes para siempre.
- Los aires de grandeza de algunos países nórdicos. Que tienen más dinero y se creen erróneamente mejores por eso. Ridículo.
- Hacer la **ruta 66** y conocer la América profunda, esa que no pertenece a la élite y a la Bolsa y a los ricos. Los pueblecitos pequeños, con gente sencilla y cariñosa, como el pueblecito cordobés donde me crié.
- La habitación sin ventanas de Caracas, donde me dijeron que no saliera a la farmacia de la esquina solo (se me había olvidado el cepillo de dientes), que no garantizaban mi seguridad.
- Ese avión que salió de Venezuela un viernes hacia Madrid, llegando en sábado, de ahí a Riad (en Arabia previo) paso por Londres. Llegar a Riad y ponerme a trabajar a las dos horas. 47 horas de viaje pasando por 4 aeropuertos, comidas basura y una ducha de 20 minutos antes de empezar la marcha de nuevo. Luego la gente que madruga para meterse en un tren, comer un sándwich mientras trabaja con el portátil y habla por teléfono, que vuelven a su casa agotados a las 8 de la tarde, los y las ejecutivos habituales, dirán que son personas de éxito.
- Lo mal que tratan esos saudíes a los que vienen del sudeste asiático a trabajar para ellos. Empujándoles para hacer cola. El clasismo. Los ciudadanos de diferente rango. Todavía los europeos somos ciudadanos de segunda para ellos, pero a estas criaturas las trataban como esclavos. ¿Quién pone esas notas, ya en la segunda década del siglo XXI? Menos mal que conocí a mis dos amigos **Mohamed y a Emad**, que me enseñaron lo cotidiano, el Mar Rojo y que siempre hay otros modos de sonreír.
- Las innumerables veces que me paró la policía en los aeropuertos y me hicieron abrirles la maleta y explicarles de dónde venía y qué había hecho, imagino que mayormente era por el hecho de viajar solo, ser joven, tener una camiseta negra, un corte de pelo que no les gustaba y un pendiente. Calculo que serían unas 9 veces, se dice pronto.
- La vez que mi hermana Sonia me regaló una camiseta para que me la pusiera en cada continente y en las **7 maravillas** del mundo. Me queda solo una de cada para lograrlo.
- Muchísimas más que me vendrían a la cabeza, pero no puedo contarlas todas, así que menciono el último - que en realidad es el primer viaje que hice de adulto y por mi cuenta - cuando salí de la boca de metro de la estación de Westminster, miré arriba y vi el **Big Ben**, el famoso Big Ben de mi libro de 6º, el Big Ben de Cristina, de Cris. La sublimación en un monumento, porque se esfumó todo de repente, se volatilizó el **Big Ben** o al menos se evaporó mi ilusión al ver que lo que yo había creído como algo glorioso y eterno no era tanto. Fue el primer bofetón de muchos que me hicieron aterrizar, no mitificar las cosas y aprender el poder de la mente y de los hechos.

Son detalles pequeños y nimios, pero que, en conjunto, como las gotas del vaso, suman mucho y hacen que al final rebose. Las gotas aisladas apenas marcan nada, pero la ola que generan muchas gotas juntas es poderosa.

Construimos en conjunto, con nuestros vecinos, allegados y familiares. Con nuestros compadres del bar, de la tienda de comestibles, de la peluquería. Del torneo de petanca. Del billar. Del paseo vespertino. Nos construimos en plural, avanzamos buscando una vida mejor y más calmada. Nuestras acciones conjuntas, nuestro entorno, nuestro quehacer, lo que vemos, leemos, sabemos, nuestras píldoras de cultura nos hacen ser quienes somos. Formamos nuestra identidad a lo largo de muchos intervalos del tiempo; no somos iguales que hace 10 años y mucho menos que hace 20. Nunca antes hemos pensado como ahora lo hacemos o sabemos lo que actualmente conocemos.

Antes no éramos tan valientes para **atrevernos** a afrontar las muchas adversidades que se presentan en la vida. Aquí estamos ahora, con varias puñaladas dadas, pero con fortaleza. Con la mirada alta, enteros, sabios. Muy sabios. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Espero que nadie se sienta viejo, ¡eh! Como dijo alguien importante en mi vida: la edad que aparece en el DNI no es más que una concepción burocrática, la edad va en el estilo de vida. Cualquier entidad crea cultura. Aunque no quiero que os confundáis aquí: las entidades culturales no son conceptos abstractos, no son ellos, los otros; son personas como tú y como yo, que esperan que otros usuarios entren a formar parte de ellos, un nuevo individuo con ideas novedosas, otra persona que genere nuevos prismas para ver cosas, un nuevo semejante que no solo consume, sino que cree cultura. Que provoque. Provocad, por favor.

Saltamos en el tiempo, que nos perdemos, bueno, me pierdo yo y mis pájaros que no paran de volar a otro sitio. Y ahí estoy, anunciaba, en este nuevo trabajo que me va a permitir viajar y conocer nuevos sitios. Algo que llevo queriendo desde los 11 años. En esa época tengo 28, y solo había estado en Inglaterra y Portugal, dos países. Me adelanto un poco y hago un avance, destripo un poco el final. Ahora tengo 42 años (14 años más) y tengo **46 países disfrutados** (44 más). Y no me parecen muchos ni quiero parar.

¿Qué entendemos entonces por viajar? Según el paisano y amigo **Juan Márquez, Juanito, y su divertida Charamandusca** que ya disfrutasteis aquí hace algún año y que recuerdo: *“otro asunto curioso son los viajes y moverse de un sitio a otro. Nosotros no vamos, “nos alargamos”, o nos “dejamos caer” por el sitio, si puede ser “atrochando” y vamos a “darle una rasón a alguien”. Salíamos en “la catalana de Pelota” por la esquina “el Escacharrao” si no podíamos “coger una combinación” de alguien que fuera y que nos “alargara” a Córdoba a “hacer unos mandaos”, cosa que se dice cuando no queremos decir los motivos por los que vamos...”*.

Pero no iba yo por ahí, voy más por intentar saber cuál es **la motivación de viajar**. Desde hace unos años parece que en las vacaciones de verano tienes que viajar a algún país distinto al tuyo para hacer que merezca la pena (olvidemos por un segundo la terrible pandemia que nos devolvió a la caverna de Platón unos meses). Es una pregunta difícil de contestar, ya que cada persona tenemos diferentes intereses y distintos atrevimientos. No me atrevería a sentar cátedra, por mucho que sea un experto viajero, pero me gustaría daros mi punto de vista. *¿Cuándo empieza un viaje?* Desde luego no es cuando **te montas en un coche**, tren, barco o avión, porque has investigado sobre el destino mucho antes o le has permitido a una agencia hacerlo por ti.

¿Qué hacéis vosotros?

Os puedo asegurar que yo disfruto planeando un viaje casi lo mismo que haciéndolo. Suelo huir de agencias que te cobran más y te llevan a los sitios típicos que cada ciudad tiene y suelo lanzar

una consulta genérica en amigos y conocidos para que me recomienden experiencias propias. Detesto profundamente ir a un lugar por el simple hecho de poder hacer *check* y decir que lo he visitado. Muchas veces hasta subir una foto a Instagram o Facebook para que todo el mundo lo sepa. Lo que no está en las redes sociales no existe, se dice. Discrepo rotundamente. Lo que no está en tu corazón y en tu memoria es lo que realmente no existe.

Leí una vez un libro que decía que cuando visitases un lugar fueses a un restaurante cerca de tu alojamiento **y le preguntases al camarero o camarera qué te recomendarían** ellos que visitases de su ciudad. Tu siguiente experiencia viajera debería ser visitar ese sitio, y en ese espacio preguntarle de nuevo a alguien local (¡local! ¡No turista!) qué te recomiendan visitar, dónde comer o a qué actividad cultural asistir. Y así seguir encadenando eventos locales lo que dure tu estancia. ¿No os resulta una maquinación fabulosa? No tienes prácticamente que estudiar el itinerario a visitar, y además hablas con los locales. Y porque hablar con otra gente es bonito, enriquecedor. En la era de la comunicación cada vez hablamos menos con las personas, preferimos preguntarle al nuevo oráculo digital: el móvil. Olvidad el teléfono y vivid el momento. Es lo que nos vamos a llevar al catre esa noche, antes de dormir, cuando sonriamos.

Es importante viajar con el pasaporte de viajero y no de turista. Normalmente no nos gustan los turistas, con sus prisas, sus voces, sus ademanes de vivir la vida loca, su móvil fotografiando todo y subiéndolo a las redes de antes. *Aquí, desconectando*, dicen. ¡Desconectando! Echándole fotos a una tostada y un zumo de naranja y de nuevo, subiéndolo a las redes sociales. Me imagino a esta gente que no puede parar de subir fotos de todo lo que comen hace unos 20 años, yendo de puerta en puerta, avisando a los vecinos qué es lo que iban a comer ese día para que todos se quedaran tranquilos. Carmeli, ¿te parece bien que coma esto esta noche? Mira qué buena pinta.

Particularmente adoro hacer viajes en coche. Porque ya sabéis que el viaje no es el destino solamente, que empieza en la planificación, sigue en la preparación de la maleta y continua en la aventura del medio de transporte. Un coche te da la oportunidad de pararte donde quieras, saborear comidas locales y conocer el folklore municipal. ¿Quién no recuerda una parada que no estaba en la ruta y resultó ser un momento inolvidable con un aprendizaje remarcable? El viaje a cualquier lugar debería acercarse lo máximo a vivir el día a día de sus personas, lo cotidiano de sus tareas, lo periódico de sus quehaceres. Comprar el pan en esa panadería que huele que alimenta, tomarse un café en un bar familiar, probar las recomendaciones culinarias particulares y discutir sobre la sociedad local. Eso es lo que te hace estar en un sitio. Sentir su ritmo. **Estar con los parroquianos. Ser un parroquiano más.** Parroquiano es una palabra que por alguna razón que se escapa a mi comprensión suena regular. Muchos de vosotros posiblemente no queráis ser un parroquiano o parroquiana. Yo persigo ser un parroquiano en todos los sitios que visito, y muy a mi pesar no siempre lo consigo, una lástima. Parroquiano. Me gusta, lo anhele. Turista, nunca.

¿De verdad preferiríais ser un turista varado en un sitio que no os pertenece o ser viajeros que han decidido integrarse en un nuevo hábitat, adaptando sus costumbres al nuevo hogar? Es una reminiscencia terrible a esas columnas egipcias que encuentras en los museos de media Europa, en el British de Londres o el Louvre de París. ¿Por qué se las llevaron lejos de dónde pertenecían? Decididamente, fuera de sitio. Un expolio, un ultraje. Ajenas a la realidad que las

rodea. Desnudas. Huérfanas. Son piezas de excepcional belleza y aun así se notan huérfanas al contemplarlas. Hieráticas, buscando a sus coetáneos, a sus iguales. Necesitan de sus raíces para sentirse arropadas; el cálido abrigo de la familia. Por eso vosotros, mayormente andaluces de adopción, viajeros a Cataluña, os adaptasteis, sin imponer vuestra manera de hacer las cosas, sin desentonar, haciendo vuestras las nuevas tradiciones y hábitos. Creándoos de nuevo a vosotros mismos. A vuestra familia.

¡Ay!, la familia, como tira o acompaña en nuestros viajes. ¿Te gusta viajar solo o acompañado? La mayoría de los viajes que he hecho por trabajo los hago en solitario. Han podido ser unos 50. Eso son muchas semanas fuera. Conozco gente que dice, que me ha dicho, que estar solo es una maravilla. Vuelvo a diferir en esta opinión. Viajar solo pudiendo viajar con alguien es una sandez. Y he dicho con alguien, con cualquiera. Hasta de un desconocido aprenderías algo. Viaja con tu pareja. Viaja con tus amigos. Viaja con tus compañeros de trabajo. Con tus padres, hermanos, hijos, familiares en general. Y si no tienes nada de esto apúntate a una asociación que fomente conocer nuevos sitios. Muévete. El movimiento se demuestra andando, dicen. No te quedes sin conocer, hay sitios maravillosos que te esperan.

Recuerdo haber hecho algún viaje con amigos y escribir una especie de bitácora de sitios visitados o experiencias vividas. No llega a diario, pero sí refleja detalles que en aquel momento quisimos apuntar. Os animo a hacerlo y a abrir esos cuadernos o documentos al cabo del tiempo. Qué escribías. Qué te conmovió. Qué viste. Qué te agitó por dentro. Qué almacenaste en tus recuerdos. Qué te emocionó tanto como para anotarlo. Vuelve ahí y disfruta con el momento, estremécete con un viaje en el tiempo a tus recuerdos. Como diría Hannibal Lecter, vuelve a tu palacio de la memoria.

Damos otro salto en el tiempo, que llevamos un rato sin saltar. El tiempo y las vivencias son maravillosas, es una de las cosas más apasionantes de crecer. Estamos ahora en 2012, en Perú. Viajo por trabajo, pero tengo la feliz coincidencia de que mi amigo Pablo está en Lima. Pablo es un loco maravilloso. Para que mapeéis su locura, es un amigo que me invita no a ir a un bar a tomar unas cervezas, sino a ir a un taller de un tipo peruano - que conoció unos meses antes - **para hacer unas máscaras y un pseudo traje con unos harapos** y así poder salir 4 horas más tarde en una marcha para celebrar el día mundial de teatro por las calles de Lima. 4 caretas raras, 4 andrajos, un poco de atrezo y un par de abalorios para lucir en el desfile. Anduvimos 2 horas por las **calles de Lima** en medio de unas 3000 personas. Esto fue el domingo 25 de marzo de 2012. Fue un momento inolvidable. Lo fue porque yo no me creía capaz de exponerme a los viandantes tan abiertamente, y me di cuenta de que realmente no era para tanto. No es que fuese para tanto, es que no era para nada. Que no hay que darle tanta importancia al entorno, que los demás no están tan pendientes de nosotros como creemos. Y que nos perdemos muchos momentos que pueden resultar apasionantes solo por eso. Por no dar el paso adelante. Y pensar en el qué dirán.

Hacemos el último salto hacia adelante, éste no es muy largo, que ya estaréis cansados con tanto saltar, no sé si hay alguna cadera sensible. Ahora vamos cerquita, al año 2013, al inicio de 2013 concretamente. 2013 es un año crucial, porque yo vengo en 2012 de hacer 12 países en 12 meses, y estoy planteándome si bajar el ritmo de dar vueltas por el mundo y quedarme un poco más en la bella Andalucía. Aunque por otro lado parte de esos viajes me habían permitido, en el

trayecto, acercarme a Barcelona y conocer a mis sobrinos, por ejemplo. Recuerdo recibir la noticia del embarazo de Íker en Turquía mientras preparaba una tortilla, y del nacimiento de **Pau** mientras veía una película en Ecuador. Cambié la vuelta a casa rápido, y en vez de volver por Madrid, volví por Barcelona para conocer al morenazo de la familia. En esas tribulaciones andaba, si cambio de trabajo o no cambio, entre aviones y trenes, con poco tiempo a dilucidar mucho; mi jefe, Secundino, un fenómeno de La Roda de Andalucía, negocio en ristre, el euro por encima de todo, me mandó mientras tanto y de nuevo de viaje a hacer formaciones en el extranjero. Los negocios y las reuniones son las nuevas colonizaciones del siglo XXI. También recuerdo, por supuesto, los nacimientos de mis sobrinos los rubios alemanes. Edu y sus ojazos aparecieron mientras yo disfrutaba de un concierto de Placebo, y el bomboncito de la familia, Carmen, la naturalidad y bondad hecha persona, me pilló por fin en nuestro querido pueblo, el de descanso del viajero.

Decía que empiezo 2013, y empiezo como un torpedo: viajo a **Portugal**, a **Arabia Saudí**, a **Egipto**, a Bélgica, Luxemburgo, Francia y por último a Grecia, y todo esto solamente en las 10 primeras semanas del año. Imaginad el *cuerpessito* que se queda. Ya ni el *jet lag*, ya es levantarte que no sabes ni dónde estás, si en casa, en casa de tus padres, en un hotel, en otro hotel, ¡en qué hotel! Que crees que la pared está a un lado, la ventana al otro y te levantas hacia el lado derecho en lugar del lado izquierdo y te comes la pared de la habitación. ¡Pum, en toda la jeta!

Tras esa tunda de viajes eterna y consecutiva por la **mitad del mundo**, vuelvo a España y planeo quedarme en Madrid a ver a mi amigo Jass y a visitar el Museo Reina Sofía buscando inspiración. Sentarse delante de un cuadro 5 minutos y tratar de entender qué se dibujó allí hace tropecientos años es un ejercicio interesante. No digo que siempre sepa qué es lo que quiso decir el autor o autora, digo que es un ejercicio muy atractivo. Pues en estos pensamientos ando, de pasar el finde en el siempre fascinante Madrid, siempre de visita, y algunas circunstancias contrarias que no os voy a contar ahora, pero que os puedo contar con un vinito, me hacen replantearme largarme de Madrid y volver a mi casa en Sevilla, a la cálida Andalucía, al sonriente Sur, a pasar el resto del finde. Hablo con mi amiga MV, eterna siempre MV en mi vida, musa y razón de vivir, y ella me plantea ir a ver una obra de teatro, concretamente *El principito*. Pese a que el libro es una referencia insalvable y una lección de vida, la sinopsis y atrevimiento de la obra de teatro no se antoja arrebatadora. Pero ¡qué narices! (nariz), pienso en todo lo que me aporta el descubrir nuevas cosas, cavilo sobre todo lo que me sucede, recapacito en que todos estos vaivenes me hacen aprender y debatir, y le digo que sí, que allá iremos esa noche al teatro, a una nueva aventura sabatina. Empaco mis cosas, beso a Jass para decirle adiós y perdón 2x1, pero que los trenes solo pasan una vez. Y ya que sale el tren en esta conversación, en ese tren de Madrid a Sevilla de un sábado tarde, decido llamar a varios amigos muy cercanos para que se unan al programa nocturno, yo llevo 10 semanas sin verlos y me apetece departir sobre absolutamente todo lo que quieran contarme. Andalucía oliendo a primavera tira mucho y calienta más la sangre, así que 8 de ellos salen del sofá, del aparente pijama de plomo que no se puede quitar nunca, se apuntan a la gresca. Estoy eufórico. Compro 9 entradas para *El principito* en el Teatro Central. Es 16 de marzo de 2013.

¿Cómo iba a saber yo que, en esa obra de teatro lenta, innovadora, insufrible, ajena al libro, detestable y poco recordable iba a conocer a la mujer de mi vida? Así fue. Algunos de mis amigos trajeron a otros amigos, y otros amigos a otras amigas, viva la comunicación, viva salir a

conocer, viva compartir, viva la cultura y viva el atreverse, y viva que entre todos los asistentes que nos juntamos apareció una **chica tímida y preciosa** que decidió hablar un poco conmigo. Un poco, no mucho.

Bueno, lo cierto es que al final habló bastante.

Habló tan claro, tan calmado, tantos meses que hasta hemos llegado a la gran fuerza motora de mi vida, que es mi hijo. Y en nuestro caso, un hijo sano y curioso que nos acompaña a mi mujer y a mí Portugal, **Noruega**, Suecia, Escocia e Italia, con solo 4 años. O por otras ciudades de **España**, que también es preciosa y tenemos que conocerla más. Que monta en coche cada dos semanas para visitar a las familias, una en Huelva, otra en SS. Bros. Esos abuelos sin los que cuesta vivir, esos abuelos que todo lo hacen cómodo, esos abuelos que chochean con sus nietos. La familia completa, ese motor interminable que nos inyecta vida. Que se monta en avión para venir conmigo a Sabadell si hace falta. Y en barco, en **kayak**, en lo que le echen. Que se viene a **exposiciones y conciertos**, intentando comprender qué es lo que ve. Pero la curiosidad es muy poderosa.

Ya dije antes, y de verdad que no pretendo aburrir, que no quiero parar. Ni me gustaría que vosotros paréis mientras tengáis fuerzas. Por eso quiero ayudar a mi hijo en lo que pueda en construir, en conocer, en explorar, descubrir, en que no pare de moverse. Hay un libro, *En movimiento* de Thom Gunn, donde se dice: “**Uno está siempre más cerca si no se queda quieto**”. ¿Cerca de dónde? Eso no lo dice el libro, cerca de dónde, pero categóricamente manifiesta que sí se está más cerca. De cualquier sitio, contestaría yo. Yo estoy más cerca de vosotros por haberme movido de Andalucía a esta sala maravillosa. El domingo en la romería, al movernos, estaremos más cerca de compartir momentos inolvidables con nuestros queridos. Mi hijo posiblemente no esté parando de moverse aquí a unas manzanas y tendrá a mis sobrinos locos. Moverse debería ser inherente a nuestro ser. No podemos dejar de movernos, eso nos paralizaría, nos estancaría. Al final nos mataría. Y aún no queremos morir, tenemos tanto que compartir. Disfrutar. Salir. Reír.

De todos los viajes que he hecho en mi vida, que son centenares, el mejor viaje es sin duda el de construir un hogar. Es, no digo ha sido, digo es. Es un continuo, nunca para, la creación de tu hogar, el volver a casa. Vosotros también tenéis un hogar, sabéis de lo que hablo. Cada día se aporta algo a este viaje, no debemos olvidarlo nunca, el seguir planeando este viaje eterno. Un viaje de solo ida. Nuestro viaje, EL viaje, el principal.

Disfrutad el viaje igual que yo he disfrutado pensando qué historia podría contaros que os resultase amena. Historia que terminé hace unos días, el día 10 de mayo, en otra coincidencia memorable de un gran viaje, el que hizo MV al azul para dejarnos siempre su risa perpetua, su **poca vergüenza** y su corazón más grande que la Torre del Agua.

Gracias, Cris, de mi primer libro de inglés allá por 1990. Gracias a todos los que me habéis impulsado a viajar y a conocer otros sitios. Gracias, MikelAngel, por mostrarme que la energía de una furgoneta que quiere rodar no se estropea. Gracias a todos los que me habéis sacado a la calle y me habéis enseñado que existe **otra manera de hacer las cosas**. Gracias a todos los que

me dais la confianza, cada día, de mostrarme cómo soy y de dejar que cuente mis avatares, como esta maravillosa Agrupación Andaluza, la última de ellas. Gracias a mis padres, hermanos y más cercanos, por ser tan asombrosamente distintos a mí y así poder aprender de vosotros cada día. Gracias a la seguridad que me dan quienes me tocan cada día. Gracias a la curiosidad, que a cada persona nos hace indagar en nuestros intereses internos para conocer más. En mi caso, investigar dentro de los libros, de la música, de las películas, de otras historias que suceden que no son la mía, ninguna mejor que otra. Proyectarme en personajes que no soy ni seré, y a veces que ni quiero ser. En uno de estos libros, el que me leí en el último vuelo transoceánico hace unos 20 días, el libro se llama *Ordesa*, de Manuel Vilas, sentencia con una frase sencilla, mágica y demoledora. De las que sientan cátedra. De las que te quitan las tonterías y te hacen volver a tu realidad, a lo cotidiano, a lo que realmente importa.

“Que te espere *alguien en algún sitio* es el único sentido de la vida, y el único éxito”.

Y es que mientras más viajo, que me sigue apasionando, ya lo sabéis de las veces que lo he dicho, no quiero dar la impresión equivocada, mientras más viajo fuera, decía, más gana tengo de viajar de nuevo de vuelta al sur, con su luz y su alegría y su calma gozosa. Volver a casa.

Gracias, amigos, y hasta pronto. Estaré aquí con vosotros las veces que me lo pidáis porque me siento como en casa. Mira, otra casa nueva, de repente. Y esta sin hipoteca, ¡sí es que sois estupendos! Que os espere alguien, y sintáis el mismo éxito vital que yo siento. Que sigáis compartiendo vivencias con vuestros allegados, que sigáis agrupados, y felices. Es de lo más gratificante que existe y lo que veremos cuando se acerca la famosa cegadora luz del túnel. Vosotros también me habéis cegado esta noche, con vuestra cercanía, complicidad y sonrisas. Hasta pronto, andaluces.